

también, frunció las cejas, y su semblante tomó una expresión de descontento muy pronunciada.

Germana, sola, quedó tranquila y alegre; cuando la lectura terminó, cuando todos hubieron firmado, madama de Emmeryn se apoyó en el brazo de mademoiselle Honorina y la llevó al hueco de una ventana.

Durante mucho rato hablaron en voz baja é intimamente, y al fin se oyó decir á la madre de Leopoldo con una expresión indescriptible de pena y ternura:

—Ha sido Germana, hubiera debido adinarlo, ¡ah! porque mi hijo...

Detúvose aquí, pero mademoiselle Honorina habia comprendido su pensamiento.

XI

Una nueva casa

Al día siguiente del matrimonio, y en tanto que los nuevos esposos y madama Darboys habian ido á visitar á su tío y tutor monsieur Félix, al que todos amaban tierna-

mente, Germana se sentó delante de su pequeño buró, y escribió á Valentina la carta siguiente:

Querida y buena hermana:

El gran acontecimiento ha tenido lugar. Angela es ya madame de Emmeryn.

Ya sé que tú has rogado al cielo con nosotros, para que esta querida niña sea feliz, y para que haga dichoso al que la ha elegido por compañera, y que la ama tiernamente. Leopoldo será para nuestra hermana un apoyo, un amigo indulgente y fiel, todo, en fin, lo que debe ser el hombre á quien se confía su vida, y con el cual debe marcharse por sus ásperos senderos.

Toda medalla tiene su anverso; á mamá le parece que Angela es demasiado joven para llevar por sí sola el gobierno de la casa; además, hubiera sufrido mucho quedándose en la Richardiere y dejando á la hija de la que no se ha separado jamás. Por consiguiente, se ha decidido que vayamos todos á establecernos á Tours, y que mamá y yo vivamos en compañía de los jóvenes esposos. La mudanza se hará antes del invierno.

Voy, pues, á dejar este asilo querido. ¡Ah, mi buena Valentina! al pensar esto, mi corazón se oprime, y me parece que lo pierdo todo al dejar estos lugares, donde hemos vivido juntas, donde ha vivido con nosotras nuestro padre, donde los árboles y las piedras y los viejos muebles tienen para mí un lenguaje familiar y me dicen: ¿Te acuerdas?

Tú, Valentina, tan separada ya de las cosas

de este mundo, me culparás quizá, pero sé que me compadecerás también, porque sabes que sólo vivo por mis afecciones, y cuando algunas de estas se pierden en el abismo del pasado, cuando ya no son más que una sombra, ¿cómo no adherirse á los sitios donde eran una dulce y poderosa realidad?

La Richardiere va á pasar á otras manos; yo no recorreré ya estas calles, donde paseábamos con nuestro padre, suspendidas á su brazo, este cuarto donde murió tan confiado, tan tranquilo, tan valeroso, ni estos dos aposentos que tú y yo hemos ocupado sucesivamente en aquellos hermosos días en que pensábamos que nada podía separarnos jamás. ¡Dios lo quiere, es forzoso quererlo también, y ver el lado bueno del porvenir que se prepara.

No me separaré de mamá: veré con frecuencia á madama d'Emmeryn, que como te he dicho; es en extremo simpática; pero echaré mucho de menos la visita y el cariño de nuestro tío Félix y de nuestra buena tía; nos alejamos de ellos, y ellos á su edad no pueden acercarse á nosotros... ¡Aún otro sacrificio!

Hablemos de tí: tú eres dichosa, hermana mía, y tu última carta pintaba bien el puro contento de tu alma. Siempre te sigo con el pensamiento en tu vida activa. Cuando el Angelus me despierta por la mañana, me digo: ya hace dos horas que está Valentina levantada: ¡cuántos buenos pensamientos habrá tenido ya!...

Más tarde te sigo al hospital, y te veo siempre de pie, siempre activa y no dejando pasar ningún minuto que no esté señalado por algún

bien. ¡Qué cosecha para el cielo, y qué paz para tu corazón!

¡Ah, Valentina, desde que conozco el mundo, conozco también que has elegido la mejor parte; pero no á todos es dado el aspirar á ella!

Tus pobres están buenas, excepto la viejecita Martina, que se va despacio y dulcemente hacia el reino de los pobres; hacia ese hermoso reino que no tendrá fin. Todos los días me habla de tí. Guarda como su única joya el crucifijo que la diste, y me ruega que lea algunas páginas en alta voz, en los mismos libros que tú tenías costumbre de hacerlo.

Todos los sábados, después de misa, llevo al sepulcro de nuestro padre un ramillete blanco en nombre tuyo: el último sábado lloré mucho al ver suspendida de los brazos de la cruz una corona de siemprevivas con esta inscripción en el centro:

AL SALVADOR DE MI HIJO.

—La ha traído una aldeana de cerca de Montrinchart, señorita, me dijo el sepulturero: llevaba un niño de la mano al que ha hecho poner de rodillas sobre la sepultura. El chiquitín ha rezado un padre nuestro, y concluído le ha dicho su madre:

—Hijo mío, el buen señor que está aquí, te sacó del río, y á él le debes la vida: por salvarte nefermó y murió.

El niño, rodeó la cruz con sus brazos y la besó.

Yo lloraba, como te he dicho, hermana mía.

¡Pero qué dulce era este llanto! Estoy segura de que también será muy preciosa á tus ojos esta humilde corona que representa la que nuestro noble padre habrá recibido de Dios, porque El ha dicho que no hay nada más grande que dar la vida por nuestros amigos, por nuestros semejantes.

Me he distraído escribiéndote, pero los pensamientos tristes me asaltan de nuevo. ¡Es preciso dejar la roca Corbon y esta tumba donde reposa nuestro buen padre, que tanto nos quería! ¡Es preciso dejar este país que nos vio nacer, estos pobres que nos aman desde su infancia!

Ruega por mí, Valentina, porque lo necesito mucho!

¡Adiós, hermana mía; te abrazo mil veces, no me olvides tú, y adiós!

GERMANA.

Madama Darboys, á quien la joven dió esta carta, pasó la vista por ella y dijo suspirando:

—Sensible es, en efecto, dejar la Richardiere, más ¿podemos abandonar á Angela, tan joven y tan ignorante del mundo? Espero, Germana, que comprenderás mi determinación.

La vida es *un largo adiós*: esta verdad se viene afirmando desde hace largo tiempo, y Germana probó su amargura, como había probado muchas otras.

A medida que se avanza en el viaje, los

compañeros del camino nos abandonan y descienden silenciosamente por el misterioso sendero que lleva á otras comarcas; ya no se vuelven á ver los mismos paisajes; y sobre todo, en nuestra época borrascosa tenemos que decir adiós á los sitios donde hubiéramos deseado vivir, á la dicha y hasta á los vestigios de la misma.

Apoderóse de la joven un desgarramiento de corazón al salir de aquella casa querida que ya no debía volver á ver, al dejar aquellos jardines en los que aún creía ver errar la sombra esbelta y ligera de Valentina; aquella iglesia donde las dos habían hecho su primera comunión, y cerca de la cual dormía su padre en su lecho de tierra; aquellos lugares tan familiares á sus ojos y en los que cada grupo de árboles, cada accidente del terreno le recordaban alguna cosa.

¡Allí dejaba á sus buenos amigos del pueblo, con los cuales había cambiado tantas visitas y tantos pequeños servicios! ¡Allí dejaba á los pobres, á los que estaba unida por el dulce lazo de la caridad!

¿Podría anudarse de nuevo la prolongada cadena de sus costumbres, tan bruscamente rota? ¿Dónde y cómo podría ser, caso de que fuese?

¿Qué penosos detalles rodeaban además aquel doloroso sacrificio! Madama Darboys, conformándose en un todo á los gustos de Angela, había vendido su mobiliario, que le parecía de forma anticuada, y Germana vió irse, uno por uno, los viejos muebles, por

los que sentía ese respeto y ese cariño que guardamos á los testigos de nuestra infancia.

Sacados de su sitio ordinario, expuestos á completa luz, parecían, en efecto, feos y usados por demás, y no obstante, la joven lloraba al verlos.

Ninguna péndola artística, ningún mueble de madera de rosa ó de encina esculpida, ninguna tapicería de Aubusson, valían á sus ojos lo que el reloj de mármol y de cobre, la mesa de familia, el buró de caoba donde su padre escribía, y los anchos sillones donde cuando niña se sumergía con su hermana.

Germana pudo salvar algunos de aquellos muebles, los más preciosos á sus ojos, y los guardó para su cuarto; el resto de la casa de Tours fue arreglado de la manera más espléndida y más elegante.

En los primeros días del otoño y al regreso de un viaje de bodas al Mediodía, Angela y su marido vinieron á instalarse en ella.

Madama Darboys la recibió con transportes de alegría: había sufrido mucho lejos de su querida hija. Su correspondencia, cosa siempre incompleta y más tratándose de Angela, no había consolado su corazón entristecido. Contaba los días, las horas que faltaban para terminar la ausencia, y cuando vió á su hija, cuando la estrechó contra su corazón, su pasión de madre estalló en lágrimas, en besos, en palabras entrecortadas.

Angela estaba risueña; risueña como la

situación que Dios le había dado. Volvía de un viaje de placer, su marido la amaba y no la contrariaba jamás; entraba en una casa elegante, y todos sus deseos parecían haber sido previstos.

El invierno iba á ofrecer á la joven desposada una serie de fiestas, en las que aparecería bonita, elegante y adornada con los regalos de su canastilla de boda. Todo le sonreía y contenta de la vida hizo el presente á su madre de algunas caricias, envió una sonrisa á Germana y dijo una palabra amable á madama d'Emmeryn.

Leopoldo parecía dichoso al volver á ver á su familia antigua y nueva, dichoso de hallarse en su casa, dichoso de volver á su trabajo diario, á sus estudios, única cosa quizás que había echado de menos en su viaje de bodas y que sentía no tener, bajo la influencia del astro que no luce más que una vez, de la serena luna de miel.

Bajo estas primeras impresiones Germana se reconvino á sí misma. Se dijo que sus temores habían sido exagerados; se acusó de haberse dejado llevar de un sentimiento hostil á su hermana y pensó que la vida sería más dulce y más fácil de lo que en un principio había creído. Abandonóse á esta esperanza y procuró crearse en casa de su hermana alguna distracción, como se procura acomodarse lo mejor posible en una tienda levantada para mucho tiempo.

Dos meses habían pasado desde la llegada de Angela, cuando su hermana creyó no-

tar por observaciones diarias y reiteradas que el humor de madama Darboys cambiaba sensiblemente.

Susana, que hasta allí había tenido un carácter dulce é igual, encantador, lo que justificaba, á pesar de su desdén, el amor de sus dos hijas mayores; Susana, aún bella, elegante siempre y que al lado de su hija menor hubiera desafiado todas las desgracias de la tierra; Susana, que á la sola vista de Angela parecía tener el corazón lleno de dicha y no pedía nada más; Susana parecía agitada, pensativa; no se vestía y su dulce acento de toda la vida habíase cambiado en el ronco y amargo que da una continua y dolorosa preocupación.

Su traje descuidado y lo enrojecido de sus ojos acusaban la pena, el insomnio y el llanto, y, sin embargo, Angela estaba allí, la veía á todas horas y la podía oír casi todo el día.

Germana advirtió con sorpresa que su madre hablaba á su hermana menor con una acritud brusca, que Angela recibía, asombrándose también de ella, de una manera muy poco respetuosa.

Una persona extraña, ni aún hubiera advertido aquellos ligeros matices que son el pan de cada día, y que se deslizan desapercibidos entre las personas que se aman; pero que son pretextos de querrela en las familias desunidas.

—Angela,—preguntó una tarde madama Darboys:—¿saldrás esta noche?

—No sé, mamá,—respondió la joven:—no hay nada decidido.

—¡Muy bien! ¡tienes secretos para mí! ¡no debo saber lo que haces! ¡es muy justo! ¿qué significa una madre?

—¡Dios mío! ¿qué dices, mamá? ¿qué tienes? ¡secretos yo! ¡esto ya no es inquisición! ¡es persecución!

—¡Angela!

—¡Ya lo ves! ¡esto llega á ser fastidioso, irresistible! ¡Yo no puedo ser ya tratada como una niña! Leopoldo piensa como yo, y lo dice también...

Estas últimas palabras destilaron veneno en el corazón de madama Darboys. Estaba celosa con unos celos que no podía confesar, crueles, y que la devoraban en silencio, llenando todas las horas de su vida de amargura; estaba celosa del amor que su hija tenía á Leopoldo. Se la había dado con alegría, y ahora quería recobrarla; la idea de que Angela no le pertenecía ya, era superior á sus fuerzas, y lo eran también las pruebas de cariño que daba á Leopoldo y que por su novedad tenían mucha analogía con la pasión.

Angela amaba á Leopoldo, porque éste la adoraba, porque su único deseo era complacerla y verla dichosa, y la joven tenía por su marido atenciones que desgarraban el corazón de la infeliz madre.

Jamás la indolente afección que ésta había recibido á cambio de diez y ocho años de abnegación ciega y de sacrificios, jamás

se había parecido á la preocupación constante, á la franqueza llena de gracia, á la ternura familiar que la joven esposa demostraba al que había despertado su corazón, sacándola de las nieblas de la infancia, y por legítimo que fuese este amor, Susana no podía soportar la expresión de él.

Comprendía hasta qué punto sus celos maternales eran condenables y ridículos y los ocultaba; pero esto era ocultar en su seno una serpiente que la devoraba, sin que se atreviese á quejarse.

Su carácter se agrió; su alegría fue sofocada por las lágrimas; sus maneras perdieron su encantadora dulzura; hablaba duramente á su hija menor y la reñía; contradecía con malevolencia las opiniones que expresaba Leopoldo, y en cuanto á Germana, la trataba con más indiferencia que nunca.

Por desgracia, Angela no contaba la paciencia entre sus cualidades; replicaba á su madre con la libertad de sus relaciones, con la familiaridad que tanta indulgencia y tanta adoración habían autorizado. Madama Darboys callaba entonces y se confesaba vencida; hasta hacía tímidos esfuerzos para ganar de nuevo una afección sin la cual no podía vivir: seguía á su hija, le decía cosas dulces, agradables, tiernas; prevenía sus deseos de un traje nuevo, de un sombrero; se adelantaba á sus deseos de ama de casa y no se la veía tranquila hasta que la frente de Angela se aclaraba y proyectaba un rayo sobre la suya.

¡Ay! ¡esta calma era pasajera! Una palabra de la joven á su marido levantaba una nueva tempestad; y en seguida madama Darboys compraba la paz con nuevas concesiones.

Estos combates esparcían una especie de malestar en esta familia, que hubiera podido ser tan dichosa. Leopoldo, que presentía la causa de las agitaciones de su madre política, se dominaba en su presencia: trataba de no darle motivos de pena, y evitaba sobre todo el dirigir á su mujer alguna de esas palabras que demuestran una intimidación exclusiva. Angela se callaba con frecuencia: pero su silencio no estaba exento de enojo. Madama Darboys, alegre y triste por intervalos, según su hija le había sonreído ó no, llevaba siempre con ella el malestar. Sólo Germana parecía tranquila: una larga costumbre de sentimientos dominados y de pesares ocultos no le permitían encontrar su posición difícil.

Las horas de las comidas eran sobre todo las más penosas: frecuentemente presidía en ellas un silencio sombrío. Leopoldo callaba, queriendo evitar todo motivo de disputa. Angela callaba, porque estaba descontenta; su madre, porque estaba triste; Germana, porque no sabía qué decir. Sin embargo, sucedía algunas veces que esta última creía deber aventurar alguna palabra y hacer algún esfuerzo para disipar aquellas nubes y animar la conversación: hablaba de la lluvia ó del buen tiempo, ó de una visita

recibida, ó de un libro que había leído. Leopoldo sólo levantaba el guante y se cruzaban entre los dos algunas palabras amistosas.

En tanto que hablaban, Angela se sumergía en su mal humor y su madre en su tristeza cada vez mayor.

Pronto fue Leopoldo quien buscó la conversación de Germana, porque hallaba en ella los recursos de un talento cultivado por sólidas lecturas: la joven poseía riquezas de inteligencia que Angela no había conocido, y el joven esposo se dejó llevar del natural placer de cambiar algunas ideas: agradábale hablar de literatura, y Germana, que en su soledad de la Richardiere había leído mucho, podía discutir con él; hablaban del teatro alemán, que ambos conocían á la perfección. Leopoldo elogiaba á Goethe; Germana prefería á Schiller. El citaba á *Goetz de Berlichingen*, y sus bellezas caballerescas. Ella respondía con *Guillermo Tell* y sus bellezas campestres, y los dos se animaban sin reparar en el aire de desaprobación de Angela y en la fisonomía pensativa de su madre.

—No hablemos más, hermana mía,—dijo un día Leopoldo levantándose de la mesa;—te leeré á *Goetz*, y te haré convenir, por lo menos, en que es muy bello, y que el génio de Goethe ha llegado en ese libro hasta una altura increíble.

Al día siguiente madama Darboys se hallaba sola con Germana, que bordaba tran-

quilamente; de súbito la madre dijo á la hija con tono breve:

—Germana, tengo que pedirte una cosa.

—¿Qué es, querida mamá?

—Que no te apoderes de la conversación como lo haces en estos últimos días; no es conveniente para una joven aparecer instruida como un pedante de colegio; además, ¿no has pensado en que Angela puede ofenderse de tus frecuentes apartes con su marido?

—¡Mamá, sólo he hablado con Leopoldo en las horas de la comida, y cuando estamos todos reunidos!

—Es igual, y te repito mi observación.

—Confieso, mamá, que no creía haberla merecido.

Germana no dijo nada más, y encerró dentro de su corazón los sentimientos tumultuosos que pugnaban por salir de él; jamás una injusticia la había causado tanta pena, ni tan profunda herida á su delicadeza y á su altivez.

Madama Darboys, incómoda con lo que acababa de decir, salió de la estancia, y su hija, sola ya, lloró durante largo rato.

Germana sintió la necesidad de depositar esta injuria á los pies de un crucijo, y no rebró su calma hasta después de haberse quejado á Dios como á su padre.

Pero desde aquel instante deseó abandonar una casa donde sus intenciones más puras eran sospechosas, y en la que, dando á los que le rodeaban los nombres sagrados de

hermano, de hermana y de madre, no tenía protectores ni amigos.

Madama Darboys había hecho esta *ejecución* por complacer á su hija querida; á este precio había comprado la paz, porque Angela estaba disgustada y silenciosa desde hacía algunos días.

Germana se dió por advertida, y evitó todas las ocasiones que Leopoldo la ofrecía de hablar y de discutir; y al fin éste se dijo:

—Germana sería muy amable si ella quisiera, pero es mudable y fantástica como la luna.

XII

Un juez de paz

A contar de aquel momento, Germana se encerró más y más en esta vida interior de la que conocía los goces melancólicos. En su cuarto encerró el universo: allí encontraba su pequeño oratorio, sus libros, sus lápices, su aguja, todo lo que podía dulcificar sus tristezas y abreviar el curso de las horas.

Informábase lo menos posible de las revoluciones domésticas que la afligían, pero sobre las que no ejercía ninguna influencia. Leía con frecuencia *La Imitación*, que da tan suaves consuelos á las almas solitarias, y tan dulces consejos á los que tienen que sufrir con el carácter ajeno, y aun le estaban reservadas otras distracciones. La señorita Honorina venía á verla con frecuencia por la mañana, y la traía siempre un hermoso ramillete, cogido en la Roca-Corbon.

Por la noche madama de Emmeryn, iba con su labor, y mientras Susana y los jóvenes esposos iban al teatro ó á alguna reunión ó concierto, se instalaba cerca de la chimenea de Germana, y ésta, que no tenía ya ningún motivo para disfrazar los encantos de su carácter y de su corazón á la amable señora, que buscaba su amistad, hablaba con ella con la más grata confianza, y á pesar de la edad que las separaba, se habían enlazado con una verdadera y dulce amistad.

La señorita Honorina había contribuido un poco á esta afección; ella también se había hecho muy amiga de madama de Emmeryn, y como la boca habla siempre de lo que ocupa el corazón, la hablaba de Germana, y poco á poco la había revelado lo que la joven había ocultado siempre: el secreto íntimo de sus virtudes y de sus penas.

Estas confidencias entristecían á madama de Emmeryn: ya su experiencia de mujer de mundo la había iluminado acerca del carác-